La poesía de Julio Llamazares: la memoria de los pueblos

Cristina Corral Esteve
Instituto Cervantes de Portoalegre

Hablar de Julio Llamazares es hablar de lirismo, de poesía en prosa, de paseos por el mundo rural y por el mundo urbano, de abandono, de soledad…

Julio Llamazares nace en el pueblo de Vegamián (donde su padre era maestro), provincia de León, el 28 de marzo de 1955. Este pueblo, situado a 1.048 metros de altura a ambos lados del río Porma, desaparece bajo las aguas con la construcción del embalse del Porma, inagurado en 1968.

Sin duda, este es un buen comienzo para comprender las características de la obra de Julio Llamazares. ¿Podemos encontrar una imagen más poética para definir la soledad, el abandono, el olvido…? Toda la historia de generaciones de habitantes, de vivencias y de recuerdos desapareció en segundos, dejando, en su lugar, una capa de agua bajo la que ningún visitante puede apreciar lo que fue en su día un pueblo lleno de vida, dentro de la vida, claro, que podemos encontrar en un pueblo de montaña de la provincia de León. Una zona marcada por el frío, el trabajo duro, la falta de oportunidades y las charlas en voz baja. Un mundo donde los niños son felices y los adultos se esfuerzan por recordar esa felicidad vivida. Digo *son* aunque quizá la palabra exacta debería ser *eran,* ya que el mundo rural ha cambiado mucho en las últimas décadas por diferentes motivos que no vamos a analizar aquí, ya que no es el tema que nos ocupa, pero sin duda este fenómeno ha trasformado nuestra sociedad. Ha habido grandes cambios sociales y culturales, provocados por la tecnología, los medios de comunicación y la globalización, de los que parece que este mundo ha quedado apartado y sin posibilidad de integración.

Esos sentimientos de soledad y abandono renacen en el autor con su visita al embalse del Porma en 1983 cuando este fue vaciado, momento en el que se encuentra con «algo semejante a un barco hundido lleno de lodo, restos esparcidos de lo que una vez fue un pueblo, trozos de casas con sus balcones de hierro herrumbrado, ventanas sin vidrios, paredes con algunos marcos de puertas y pedazos de techos, la vieja torre de la iglesia en el suelo, trazos de lo que fue una carretera que conducía a los pueblos vecinos, el laberinto de viejos caminos, restos de un chopo que permanecía ahí como un árbol enfermo» (Morúa, 2004). Todas estas sensaciones se plasmaron también en la película *Retratos de un bañista* en la que Llamazares cuenta sus sensaciones al volver a ver la llanura libre de agua.

Según el Instituto Nacional de Estadísticas, aunque con críticas de algunos sectores, en España existen 2.648 pueblos abandonados, pueblos que se distribuyen fundamentalmente en la zona norte de Madrid y en los alrededores de Soria. Este éxodo hacia las ciudades se presenta de forma magistral en la obra de Julio Llamazares. Si repasamos la trayectoria de este autor nos encontramos con títulos como *Luna de lobos* (1985), historia de los maquis en la montaña de León; *La lluvia amarilla* (1988), monólogo del último habitante de un pueblo del pirineo aragonés, Ainielle, que espera la muerte recordando el pasado; *Escenas de cine mudo* (1994) donde cuenta su infancia en Vegamián; así como otras obras en prosa como sus libros de viajes, en los que se desplaza por la península en busca de esos lugares donde la naturaleza manda y donde el hombre se adapta a ella para poder sobrevivir.

Esto nos podría dar la sensación de que Llamazares vive para añorar la idílica vida perdida en el campo, en el medio rural, pero el autor se aleja de esta concepción mitificada. Él mismo lo explica con las siguientes palabras:

> «Decía Julio Caro Baroja que durante miles de años en Europa se vivió sustancialmente igual. Cambiaban cosas, pero se vivió de la misma manera; y en este siglo y sobre todo en España, más tarde que en el resto de Europa, se produjo el gran cambio cultural, que fue el cambio de la cultura rural a una cultura urbana. Esa escisión entre una cultura y otra yo la he vivido personalmente, porque nací, me crié los primeros años en lugares pequeños, y luego toda la vida he vivido en ciudades. Ese salto de una cultura a otra, esa sensación de escribir y de pérdida, aunque sé que no se puede volver atrás –ni yo querría volver atrás–, creo que forma parte de mí y por eso hablo de ello; no porque lo añore, sino porque, como la mayor parte de los escritores, bien por ese afán de modernidad, bien porque su propia vida es diferente, hablan de una sola de las dos Españas. El hecho de que haya alguien que se preocupe –porque yo también escribo historias que pasan en ciudades y en lugares lejanos–, el que alguien se preocupe de una manera más intensa de ese otro mundo, ya parece que se ha especializado y que lo reivindica. Yo no reivindico nada, simplemente que yo soy eso. Yo soy alguien que viene del mundo rural y vive en el mundo urbano. Ni reivindico el mundo rural ni lo añoro, ni hago una alabanza de aldea y menosprecio de corte porque si no yo no estaría aquí. Pero quizás destaca más porque, como vivimos en un país que es el que tenemos, pues parece que nadie quiere preocuparse de estos mundos que están ahí, que desaparecen, y el hecho de que alguien se preocupe de ello, parece que se especializa en ello. Yo no quiero especializarme en ello, pero, simplemente, a mí me afecta.» (Batista Delgado, 1999).

Como dice en esta entrevista, el mundo urbano también está en su obra, es más, la mayoría de su vida la ha pasado en grandes ciudades y él mismo confiesa que «yo no podría vivir en los pueblos de los que escribo» (Vispo, 2000). Este hecho se refleja en otras de sus obras como en *El cielo de Madrid* (2005) o en muchos de sus artículos periodísticos. Para él, la literatura «no es rural ni urbana, sino la destilación de los sentimientos y pensamientos, de tu manera de ser y de vivir» (Vispo, 2000).

Hasta ahora hemos hablado de su obra en prosa pero lo que nos trae aquí es acercarnos a su poesía, terreno en el que nació como escritor y género en el que publicó su primera obra. Fue uno de los miembros del grupo poético *Barro* y, posteriormente, uno de los fundadores de los *Cuadernos leoneses de poesía*. Los poemas que fueron apareciendo en revistas se recogieron en dos antologías: *Las voces y los ecos* y *Poesía épica española,* ganadora del Premio Nacional de Poesía Universitaria en 1976. En 1979 sale a la luz su primer poemario, *La lentitud de los bueyes,* Premio Antonio González Lama; y en 1982 su segundo y último hasta el momento, *Memoria de la nieve,* ganador del Premio Jorge Guillén. Desde entonces no ha publicado nada, aunque después del verano saldrá al mercado una recopilación de sus poesías inéditas.

Parece extraño que un autor cuya obra narrativa está dominada por el lirismo dejara de trabajar este género, pero el mismo autor nos revela los motivos de este alejamiento: abandonó la poesía...

> «porque se me olvidó rezar. Escribir poesía, yo creo, es escribir oraciones laicas y hubo un momento en que a mí se me olvidó rezar, como también se me olvidó rezar en la iglesia. Pero yo creo que sigo haciendo poesía en todo lo que escribo, porque mi visión de la realidad es poética. Mejor o peor, pero poética en el sentido de aplicar una cierta subjetividad límite a la contemplación. Creo que la literatura, si no tiene un substrato poético, no es literatura. Son historias que se cuentan, sin más, pero lo que da un plus a un relato, a una historia, lo que hace que se convierta en literario, es el substrato poético y yo he procurado mantener ese substrato, que he heredado de cuando escribía poesía, incluso en el tratamiento del lenguaje –que es lo que es la literatura–. Yo creo que la labor de un escritor es contar de la mejor manera posible; de los miles de millones de formas de contar una historia, tratar de contarla de la mejor manera posible. No se trata de contar una historia por contarla, sino de sacarle el máximo jugo a esa historia, y eso solo se consigue a través de la manipulación del lenguaje.» (Batista Delgado, 1999).

A este respecto, añade en otra entrevista que sigue teniendo relación con la poesía...

> «pero de manera un tanto clandestina. Me preguntan a menudo si he dejado la poesía, y siempre respondo, como Claudio Rodríguez, que ha sido la poesía la que me ha dejado a mí. Ahora bien, debo puntualizar que una cosa es la poesía como género y otra diferente la poesía como sustrato que debe tener cualquier texto para que sea literario. Esa es la diferencia entre literatura y escritura, algo que se advierte con solo leer muchas de las novelas que se publican actualmente. Hacer literatura es pulir las palabras como si fueran piedras, colocarlas en su lugar adecuado para que produzcan una música que lentamente te va emborrachando, todo ello para transmitir una serie de sentimientos y pensamientos. A mí, la cosa más brillante no se me ocurre a la primera. Escribir es muy fácil. Escribir bien es muy difícil.» (Linares, 2005).

En este sentido uno de los calificativos más escuchados en relación a su obra es el de la calidad poética de su estilo, reflejada en su lenguaje preciso y en el exquisito cuidado que pone en las descripciones. Incluso el propio autor nos dice que:

> «cuando hacía poesía, los críticos opinaban que mi estilo era muy narrativo y cuando escribo narrativa, me dicen que soy muy poético.» (Efe, 2008).

Simplemente hay que acercarse a las definiciones que él mismo hace del oficio de escribir para captar ese lirismo, así como ese acercamiento al mundo rural. La labor del escritor se aleja totalmente de las normas impuestas por la sociedad industrial y de consumo. Así, nos dice que:

> «otros trabajan manipulando hierro, manipulando la piedra…, el escritor trabaja manipulando el lenguaje y creo que la labor del escritor, en cierto modo, es como la labor de los ríos que van puliendo las piedras hasta que producen una música determinada en el agua. Los escritores hacemos eso, lo que yo entiendo por escritor: limamos, pulimos las palabras como si fueran piedras hasta que producen una música y una poesía determinada que es la que uno pretende.» (Batista Delgado, 1999).

Si la labor del escritor es esta, ¿cómo son sus obras?

> «Para mí las novelas son como esa especie de brote que un día, sin saber por qué, surge en el árbol de la imaginación o de la memoria, que vienen a ser lo mismo; empieza a crecer, sale una flor, aguanta la helada (hay muchas novelas que, como las manzanas, se hielan) y comienza a surgir una manzana que va creciendo; entonces hay que esperar a que madure en el árbol hasta que un día caiga por su propio peso. Evidentemente, las manzanas se pueden producir en invernadero con el fin de acelerar su maduración, pero para mí eso no tiene ningún interés.» (Linares, 2005).

En nuestra opinión, Julio Llamazares es el escritor de la memoria, el único que nos puede devolver a un tiempo perdido que no debemos olvidar y que está enraizado en nosotros aunque creamos haber dejado esa realidad atrás hace tiempo. No idealiza el pasado, simplemente no quiere que se pierda y reaviva los sentimientos que aquellos momentos le provocan para poder plasmarlos en su obra y luchar así contra el olvido y la pérdida de identidad, de nuestras culturas y tradiciones, en la lucha contra un deseo de homogeneización muchas veces forzado. En su poesía no aparece el elemento urbano, sino que esta se enmarca en una naturaleza...

> «antropomórfica similar a la del Romanticismo, pero con un toque de elemento envolvente que nos dirige hacia lo oculto y hacia la devastación y la destrucción, una naturaleza que cobra vida para alejar al hombre de sus dominios.» (Pastor, 2006)

y en otro momento afirma que:

> «el mismo olvido y la misma desolación encontré […] a partir de entonces en los numerosos pueblos que recorrí por todo el país buscando el alma del abandono y recopilando historias de sus últimos testigos.» (Llamazares, 2000).

Él mismo hace algunas afirmaciones que ponen de manifiesto la importancia de la memoria para la producción literaria:

> «Lo único que yo he hecho es escarbar en mi memoria para contar a partir de ella»; «Los recuerdos son esos vegetales que se hunden en las arenas movedizas, se pudren y con el tiempo se convierten en carbón y ese carbón es la literatura»; «Lo peor que le puede pasar al escritor es perder la memoria»; «Esta es una sociedad con una memoria inmediata agraria y rural, que está desapareciendo, pero de la que venimos en parte y de la que aborrecemos.» (Cruz, 2004).

Pasemos a ver algunos de sus poemas para comprender todo lo visto hasta ahora:

> Desde esta misma roca contemplaron la doma de los potros que habrían de montar en el combate.
>
> Junto a este mismo río levantaron sus cabañas, derramaron sus rebaños y leyendas y bebieron en el profundo licor de las grosellas.
>
> Y, en noches de luna llena como esta, cortaron con sus hoces sagradas plantas de muérdago para ofrendar al dios de las montañas.
>
> Todavía se escucha, cuando nieva en la noche, el eco de sus flautas y cítaras perdidas.
>
> Todavía se escucha, cuando nieva en la noche, el rumor de sus gritos guerreros.
>
> Pero de nuevo brilla el sol, se deshace la nieve y el dios de las montañas queda solo.
>
> Solo y lejano como mi corazón ahora. Como mi corazón ahora.

Este poema presenta atisbos épicos que podemos encontrar en la mayor parte de su producción poética. Aquí podemos observar el romanticismo presente en su obra, romanticismo entendido en el sentido original,

> «el de la conciencia de la escisión del hombre con la naturaleza, de la pérdida de una edad de oro ficticia porque nunca ha existido.» (Batista Delgado, 1999).

Llamazares evoca una edad perdida, de contacto del hombre con la naturaleza, naturaleza a la que hay que adorar, a la que hay que rendir tributo, montaña que se muestra en su plenitud con la nieve y que pierde el rastro del hombre, de sus pisadas, cuando desaparece. La idea de la memoria aparece relacionada con la nieve, la memoria que se crea y transforma como el paisaje, como la vida, como la imaginación. Una memoria colectiva, ancestral, que está ahí aunque le hayamos dado la espalda. Aparece un dios solitario, al que el hombre ha abandonado y al que el hombre a la vez añora. Una separación que provoca dolor en ambos y presenta la soledad, la extinción de la vida, el abandono, la incomunicación existente

entre ambos. El ritmo lento del poema ayuda a marcar esa soledad, ese devenir del tiempo sin alteraciones, lento, en silencio, íntimo.

Memoria de la Nieve

Aquí la muerte es amarilla como el sabor del pan.
Yo la he visto rondar los braseros donde hierbas antiguas ahuyentan el miedo.
Y he escuchado su grito de nieve entre los tallos tiernos de las enredaderas.
Nunca bastaron las lenguas de aceite para alejar el frío de las habitaciones.
Jamás fue suficiente la vigilia del fuego, ni la zozobra de las bestias en las cuadras hinchadas por el heno.
La muerte llegó siempre con helada añoranza y, al amanecer, en el asombro de los perros podía recordársela.

En este poema Llamazares deja de lado el carácter épico para entrar en un ámbito más íntimo, en el que nos trasladamos a las viviendas de los moradores de esos pueblos agrestes de la montaña leonesa. Aparece la muerte como elemento fundamental de la vida rural, la muerte física, la muerte también de los pueblos, de la presencia del hombre en ellos, de las costumbres, de las tradiciones. La muerte con la que la naturaleza recupera de nuevo el lugar ocupado por el ser humano. En este poema nos parece interesante la figura de la muerte como amarilla, algo omnipresente en su obra, baste recordar el título de su mayor éxito, *La lluvia amarilla*. Ya en el diccionario de Cobarrubias en el siglo XVII aparece como el color de la enfermedad, la muerte y el sufrimiento. En los cuadros de Van Gogh ya está presente esta relación, Molière muere de amarillo en el escenario, etc. De tiempo atrás viene esta unión que en Llamazares se integra en el universo poético del medio rural.

La nieve está en mi corazón

La nieve está en mi corazón como el silencio en las habitaciones de los balnearios: densa y profunda, indestructible.
La nieve está en mi corazón como la hiedra de la muerte en las habitaciones donde nacimos.
Y el tiempo huye de mí con un crujido dulce de zarzales.
Nieva implacablemente sobre los páramos de mi memoria. Es ya noche entre los blancos cercados.
Cuando amanezca, será ya siempre invierno.

Vuelve a aparecer la imagen de la desesperanza, del frío y la nieve instalados en nuestra vida y de los que ningún sol salvador vendrá a liberarnos y quizá ni siquiera queramos que nos libere. La muerte, el abandono... observamos de nuevo el tremendismo, las imágenes duras y directas. Poemas breves que nos presentan una realidad que no queremos ver. El hombre enfrentado a la enfermedad, solitario ante un futuro incierto en el que la desesperanza marca la vida cotidiana.

De nuevo llega el mes de las avellanas y el silencio

De nuevo llega el mes de las avellanas y el silencio.
Otra vez se alargan las sombras de las torres, la plenitud azul del huerto familiar.
Y en la noche se escucha el grito desolado de las frutas silvestres.
Sé muy bien que este es el mes de la desesperanza.
Sé muy bien que, tras los mimbres lánguidos del río, acecha un animal de nieve.
Pero era en este mes cuando buscábamos orégano y genciana, flores moradas para aliviar las piernas abrasadas de las madres.
Y recibo el recuerdo como una lenta lluvia de avellanas y silencio.

Al leer su obra nos encontramos de nuevo ante un lugar perdido, nos damos cuenta de que algo nos falta y de que debemos intentar recuperarlo si queremos ser hombres plenos y no dejar morir una parte de nuestra esencia. Puede que seamos personas urbanas, que nos guste el ruido y la rapidez vertiginosa de la vida actual, pero no debemos por ello darle la espalda a nuestro pasado, a nuestro origen. Tenemos que gritar al borde de un barranco, al dios de la montaña, que estamos allí aunque nos hayamos ido y que conseguiremos guardar en nuestra memoria la imagen del abandono sin que la desesperanza nos domine.

BIBLIOGRAFÍA

Batista Delgado, Y. (1999). «Mi visión de la realidad es poética. Julio Llamazares». En *Espéculo: Revista de estudios literarios,* 12. Disponible en la red en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/llamazar.html>.

Cruz, J. y Llamazares, J. (2004). *Foro Complutense General UCM*. Disponible en la red en <http://www.ucm.es/info/fgu/>.

Efe. (16 de abril de 2008). *Metro mundo*. Disponible en la red en <http://www.diariometro.es/es/article/efe/2008/04/16/510534/index.xml>.

Llamazares, J. (2000). «Pueblos abandonados». En *EP(S). El país semanal*. Madrid: España. N. 1231. 70-75.

Linares, F. (2005). «El cielo de Madrid». En *Aula de cultura virtual*, 11 de abril. Disponible en la red en <http://servicios.elcorreodigital.com/auladecultura/llamazares_linares1.html>.

Morúa, A. C. (2004). «La desintegración del yo en la lluvia amarilla». En *Revista comunicación,* agosto-diciembre, 13, pp. 16-24. Disponible en la red en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/166/16613202.pdf>.

Pastor, J. (2006). *Significación metafórica en «La lluvia amarilla» de Julio Llamazares*. Disponible en la red en <http://www.wikilearning.com/articulo/significacion_metaforica_en_la_lluvia_amarilla_ de_julio_llamazares-la_metafora_de_julio_llamazares/17764-1>.

Vispo, E. (2000). «Julio Llamazares». En *Revista fusión,* febrero. Disponible en la red en <http://www.revistafusion.com/2000/febrero/entrev77.htm>.